

# PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 15 / Junio 2018

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES

## DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González  
*Rector*

Mtro. José Luis García Ruvalcaba  
*Decano del Centro de las Artes y la Cultura*

Mtro. Ricardo Orozco Castellanos  
*Jefe del Departamento de Letras*

Dr. José Trinidad Marín Aguilar  
*Director General de Difusión y Vinculación*

Mtra. Martha Esparza Ramírez  
*Jefa del Departamento Editorial*



Imagen de portada:  
*Sin título, Chuy Gaytán*

## PIROCROMO

### *Editora:*

Montserrat González Rodríguez

### *Editora adjunta:*

Xóchitl Barrientos Díaz de León

### *Consejo editorial:*

Alejandro Román de la Torre

Alberto Sustaita Muñoz

Ana Patricia Trujillo Esparza

Luis de Jesús García Oviedo

Pilar Alejandra García Ayala

### *Consejo consultivo:*

Adriana Álvarez Rivera

### *Diseño gráfico:*

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

### Contacto

[revistapirocromo@gmail.com](mailto:revistapirocromo@gmail.com)

[www.facebook.com/pirocromo](https://www.facebook.com/pirocromo)

\*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.



# ÍNDICE

Editorial

3

## **Dossier: Corporalidad**

### > NARRATIVA

#### **Aquél que vivía consigo mismo**

Alondra Jauregui Reyes 8

#### **El coleccionista**

Iván Medina Castro 12

#### **La prudencia de una puta**

A. S. M. 24

#### **Imagen**

Mateos C. Petroicroco 26

#### **Puzzle**

Judith Castañeda Suarí 30

#### **La memoria de una piel**

Jimena Cuevas Paulino 40

#### **Visceral**

Renj 42

#### **Es lo mismo todos los días**

Javier Eduardo Preciado de Santos 56

### > POESÍA

#### **Lo que nos queda...**

Gustavo Alberto Servín Viveros 5

#### **Ospirocrompo**

A. S. M. 28

#### **Porque tenía que escribir de algo más**

Alejandra Pérez Cruz 54

### > ENSAYO

#### **“El hombre contra el fuego”**

*(Black Mirror)*: una crítica al racismo del biopoder

Los ensayistas 16

#### **La biopolítica de Foucault y el *homo sacer* de Agamben en “White Bear” de *Black Mirror***

A. T. y M. G. 44

# EDITORIAL

La CORPORALIDAD, desde su concepción más pura, desde la antigüedad, ha sido fuente de inspiración; tanto así que la figura humana configuró el centro del arte griego, mayormente en esculturas, pero también en vasijas, canastas y hasta en los relieves de palacios. Aceptaban plenamente la desnudez; veían el cuerpo como un objeto de belleza y de significado; plasmado tanto en pintura como en literatura, pues dioses, héroes, seres humanos y atletas eran mostrados desnudos e incluso con cierta inclinación erótica. Asimismo, se encarnaban los valores del hombre, sus emociones y sus movimientos.

La relación entre la literatura y lo pictórico, para conformar y ratificar el arte, nos permite afirmar que el cuerpo es más que un ente físico: es poesía con *Estrofa visual*, pues cuenta historias, guarda secretos y genera recuerdos. El cuerpo no *Es lo mismo todos los días*, a veces es más que un conjunto *Visceral* de partes que forman a un ser vivo; es como un intrigante *Puzzle* lleno de misterios, *Perspectivas* y *Saber*. El cuerpo es un astronómico universo o un *Micromundo* que puede ser visto de distintas maneras por cientos de globos oculares: el cuerpo como todo lo que podemos llegar a tener, todo *Lo que nos queda*, como *Tu posesión*, tal y como *Aquel que vivía consigo mismo*, con su cuerpo y nada más; el cuerpo como algo que *Recordamos* y que nos hace recordar con *La memoria de una piel*, con esa *Imagen* tan sublime que ni *El coleccionista* más experimentado de piezas corporales podría resistir; como algo que grita *Mírame* y tiene que ser visto, porque *Las formas del cuerpo* con *Ojos de pétalos carmesí* pueden causarnos un desesperante *Somnambulismo* o una “agitación súbita que invade el cuerpo en medio de la noche e induce con fuerza al acto de la escritura, dejando insomne al sujeto” (*Ospirocrompo*). Entonces, de la nada, lo corpóreo nos domina, permitiéndonos crear cosas asombrosas; *Solas en multitud*, no importa cómo, pero nos movemos, el cuerpo lo permite: nos deja escribir, fotografiar, dibujar, crear.

Así que, lector de *Pirocromo*, estás a punto de ver y leer CORPORALIDAD: el origen del cuerpo, la reconstrucción de la anatomía del ojo, el cuerpo como un objeto, pero también como lo sublime y maravilloso que demanda ser plasmado; el cuerpo como un verdadero acertijo, como un rompecabezas, como una máquina productora de ideas, como algo que se puede controlar y manipular; como una herramienta de regularización indirecta para las masas, algo que se puede hacer vivir y dejar morir.

La CORPORALIDAD a partir de tantas visiones, de tantas formas en como muchos artistas la perciben.

En el mar de tu pelo  
navega un peine.

Y en las olitas que hace  
mi amor se duerme.



# Lo que nos queda...

Gustavo Alberto Servín Viveros

Lic. en Música, UAA, 6º semestre

*A Pilar García*

Al final del día,  
¿qué nos queda sino el cuerpo?  
La carne vencida, no tan fuerte  
como en aquellos días,  
y los huesos rotos que nos claman  
“ya no más”.

Al final del día,  
todo pasa, se queda o se va  
y el cuerpo se nos va en pasar  
porque lo resiente,  
porque la sangre llama,  
porque el frío cala y nos lleva a  
temblar.

Los siglos,  
que se nos han ido en pintar,  
en esculpir, en escribir, en reinventar  
el cuerpo que nos provoca, nos acecha  
Willendorf, Samotracia,  
Las meninas y las Majas.

Las manos,  
cuando nos temblaban en el concierto.  
Y el rostro,  
cuando el frío impacta al salir del café.  
Y las piernas,  
cuando me sentaba junto a ti.

Los pies,  
que para qué los quise.  
Y las rodillas,  
para aguantarme.  
Y los talones,  
para sentirse débil si lo exigen.

Y tú,  
de pie frente a mis porqués  
cuando me mordí cierta  
postergación,  
porque es de sabios cambiar de  
opinión  
porque sí,  
¿y por qué no?

Y yo,  
cada día frente a lo que viene  
en el cubículo, apartado,  
la guitarra que se me adhiere:  
toco, pienso, te toco, te invento  
las horas, los días y los siglos que  
se me vuelven inertes.

Al final del día,  
¿qué nos queda sino el cuerpo?  
Con la carne impetuosa  
ante sangre nueva,  
como en aquellos días  
de huesos soldados, enfurecidos,  
que rabiaban contra la agonía  
del cercano fenecer.

Y empieza el día, las mismas guerras,  
el desayuno, las noticias, los esmeros;  
las manos, el rostro, las piernas,  
los pies, las rodillas, los talones,  
tú, yo, las cosas que no sabemos,  
ésas con que te observo  
en tierra de nadie  
desde este cuerpo.





*Ojos de pétalos carmesí, Ángeles Montañez Ramírez.*

# AQUÉL QUE VIVÍA CONSIGO MISMO

Alondra Jauregui Reyes

*Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6° semestre*

8

Antes de oír y ver, olí. Olí la bocanada de aire que, como un golpe furioso, se estampó en mi nariz, abriéndose paso hasta llegar a mis pulmones, llenándolos de aquello que no conocía y se llamaba vida. Antes de ver y oír, sentí. Sentí mi pecho expandirse, hincharse, y estirarse mi piel por la recién descubierta acción de subir y bajar. Al saber que podía oler y sentir, yo oí, y no oí otra cosa más que a mí, a mis huesos girar y crujir, el aire que trepaba a mi nariz y se liberaba como silbido, mi sangre correr por mis oídos y mi saliva nadar en mi boca. Después me quedé ahí, siendo consciente de mi pie, mis rodillas, mis muslos, mi torso, mis manos, mis brazos, mis hombros, mi cuello; hasta que el hilo que unía todas mis extremidades se deshizo en mis ojos y me dejó abrirlos. Entonces pude ver y no vi nada.

Esa nada no era un cuarto blanco e infinito, eso habría sido algo; lo que sobre mí se cernía era la nada absoluta y en esa nada yo pensé que ahora que podía oler, sentir, oír y ver, al fin mis sentidos me decían una cosa, una certeza que tendría durante mucho tiempo: yo estaba solo. No lloré ni sentí miedo porque no sabía lo que era aquello, aún conversaba con mi mano, a quien apenas descubría que era mano, todavía discutía con mi pie sobre cuál dedo mover primero o hacia qué dirección girar mi tobillo como para preocuparme sobre cosas como el miedo.

En esa conversación con mi cuerpo pude voltear mi cuello para dirigir mis ojos hacia la nada y supe entonces que debía levantarme; la tarea fue exhausta. Imagina que tenía un cuerpo y sabía cómo funcionaba después de muchos años de descubrirlo en tan relajada posición, sabía cómo mover el dedo hacia arriba y abajo, pero no que podía plan-

tarlo en el piso junto con mi palma e impulsarme hacia arriba. Imagina que sabía que mi rodilla giraba, pero no que podía doblarse si arrastraba mis pies hacia atrás. Ahora imagina que sabía que tenía dos brazos y dos piernas, pero no que poseían algo llamado fuerza, la cual me elevó y me permitió estar de pie. Fue fascinante descubrir que hace unos momentos estaba ahí recostado y ahora mis piernas sostenían todo lo que yo era.

Di mis primeros pasos tambaleantes, uno después del otro, hasta que mis rodillas dejaron de sacudirse. Pude caminar y caminé sin dirección, tal vez para buscar el final de esta nada o sólo por el gusto de sentir algo bajo mis plantas. Jamás me cansé, no sentí dolor ni me detuve a dormir. Ese día probablemente no me hubiera detenido, de no ser por lo que encontré; no sabía lo que era o por qué estaba allí. Tú podrías decir que era un espejo o una superficie cristalina muy extraña porque no me reflejaba a mí, sino a algo más.

Me acerqué cauteloso, dado que en la nada jamás había visto algo además de mí. Lo primero que noté fue un árbol en lo alto de una colina y, recostado en éste, lo vi a él, a ella o a eso. Fuera femenino, masculino o neutro, no importaba, porque era hermoso. Yo creo que era una ella, un ser femenino. Tal vez no lo era, pero para mí lo ha sido. La miré por mucho tiempo hasta que se dio cuenta de mí y dirigió sus ojos hacia donde yo estaba.

Sus ojos eran el universo, las estrellas parpadeaban sobre sus pupilas y la nebulosa recorría el espacio en su mirada, sus cabellos eran los ríos y se extendían por kilómetros en delicadas ondas, su cuerpo era una nube y su boca era la luz. La luz me sonrió y con su cálida bienvenida también yo aprendí a sonreír.

No se sorprendió de verme, sino de verme solo. Me preguntó qué hacía allí, cuál era mi nombre y dónde estaba mi creación. Yo no entendí nada en aquel entonces, la lengua y el habla eran facultades para mí desconocidas y ella lo supo al no obtener respuesta. Así que tomó una piedra a sus pies y dijo: “Esto se llama piedra, P-I-E-D-R-A”. Repitió piedra hasta entender que eso en su mano era una piedra; lo mismo hizo con la flor, el musgo, el pasto, el pez, las estrellas, el sol, las montañas. Cuando supe cada nombre de cada cosa, aprendí las palabras fuerte, hermoso, débil, alto, bajo, sí, no, para, todavía, mejor, quisiera; mil palabras más y expresiones aprendí de ella. De este modo me enseñó las lenguas que sabía, pero no hablé hasta que supe su nombre, dejándolo vibrar en mis cuerdas vocales, balancearse en mis dientes y salir como suspiro por ella. Entonces rio y el universo se iluminó y, con su risa, yo aprendí lo que era la felicidad.

Hablamos, hablamos mucho. Me contó que, al igual que yo, despertó en la nada y sin saber cosa alguna. Recorrió su mundo y evolucionó con él, entonces supo hacer montañas y ríos con su mano. Me enseñó a hacer lo mismo con la mía, a colorear el cielo, a inflar nubes, a silbar hojas, a tomar una pestaña y hacer la luna, así como a tomar un cabello y hacer el sol. Llené mi mundo de todo lo que ella tenía en el suyo, pero en mi réplica jamás pude hacer dos cosas: no pude crear algo que se moviera, hablara, pensara y me adorara como a ella sus criaturas, pero sobre todo, no pude hacer que existiera junto a mí; traté con barro, pero se deshizo, la hice de flores y se marchitó, la hice de madera y se pudrió.

10 Ella sólo miraba mis intentos sin decirme nada, porque también quería estar a mi lado. Cuando gasté el último intento, me dijo que tal vez podría hacer al espejo blando por unos momentos para que yo pudiera pasar, pero el costo sería grande para ambos. No me importó. Crucé a su mundo una mañana. Ella estaba frente a mí, tan hermosa. Mis pies se movieron sin mi orden, y mi mano se alzó en busca de su rostro, y cuando lo tuvo, lo acarició trazando círculos que me acercaban más y más a ella, hasta que el aire del mundo fue nuestro aire y mis labios tocaron los suyos. En ese momento aprendí a amar.

Nuestro abrazo hizo rugir la tierra, los mares se alzaron, los volcanes explotaron, los árboles cayeron y el cielo se inundó de fuego. Sus criaturas, a las que ella tanto amaba, morían atravesadas por el caos de nuestra unión, pero hubiera dejado que todos ellos murieran, sufrieran, chillaran y le rogaran en vano que los dejara vivir, habría tomado de buena gana la destrucción de su mundo y el mío si eso me permitía estar a su lado y, si nuestro final llegaba por mi egoísmo, no hubiera sentido otra cosa más que el máximo goce por morir acompañado de quien amo cuando hace tanto nació solo.

Pero ella no lo deseaba, no quería verme morir, ni que sus hijos murieran. Me amaba, me ama y me amará, por eso me empujó hacia el espejo. Me ama y por ello lo cerró para siempre, por eso lloró y gritó hasta el cansancio, por eso golpeó el espejo hasta que miles de grietas aparecieron en él, por eso me dijo que lo sentía mucho cuando el último pedazo de cristal cayó al suelo. Yo sólo pude verla y oírla. Al hacerlo, aprendí una cosa: aprendí a llorar, a sentir tristeza, dolor y, por primera vez, aprendí a tener miedo, miedo de saber que jamás estaría a su lado, jamás la vería; miedo de recordar la certeza que he tenido durante mucho tiempo: yo siempre estaría solo.



*Las formas del cuerpo, Mateos C. Petroicroco.*

# EL COLECCIONISTA

Iván Medina Castro

Especialidad en Literatura Mexicana, UAM (Azcapotzalco)

12

*Apréciase con qué horror se conoce la noticia de una sentencia de muerte,  
con qué estremecimiento del alma se observan los preparativos,  
y a la hora de la ejecución, la piedad que se siente.*

Arthur Schopenhauer

**D**espués de tantos años de ausencia, sedienta eternidad, esta ceguera parcial no es sino un paréntesis que no tiene por qué estropear el esfuerzo de mi vida, harta de frecuentes horas de recuerdo.

Soy médico cirujano en retiro. Trabajé gran parte de mi existencia para la corte real hasta envejecer durante la mitad del reinado de Luis XVI. En la actualidad, mi único propósito ha sido obtener la mirada resplandeciente a modo de carbones encendidos de mi único hijo.

He aquí el avatar de la dicha a la desgracia, aunque recordar la manera en que inició todo es volver a transitar del ensueño a la pesadilla. Fue en un otoño similar a éste, donde el ramaje con suaves movimientos adornaba perenne los senderos con hojas ambarinas, y la evidente marchitez de los narcisos estaba por terminar. Remoto ayer en el que vivió su tierna infancia, creciendo en este barrio ahora más vacío, más extraño, más gris. Francia ardía desde sus entrañas y nadie estaba a salvo entre sus veredas. En los rostros del vulgo se observaba la facción desafortunada que muy pronto también adquirirían los aristócratas. Para el invierno —gélido como nunca— se palpaba el aspecto ruinoso por todas partes a causa de la desaparición de familiares y extraños, además del progreso de mi invidencia.

Mi hijo, hinchado de las justificaciones basadas en la proclama revolucionaria, decidió pugnar en contra de la casa real a la que serví con mis conocimientos y fidelidad. Yo no me opuse, pues consideré que ya era hora de socavar las bases del sistema monárquico que tan desfaliciente se encontraba.

Cierto día, gobernado por una oscura opresión, mi hijo ya no se sentaría más a la mesa que desde entonces continúa vacía. Preocupado por su tardanza, salí en su búsqueda y, conducido por el instinto —no así por la razón—, llegué a la Place de Grève previo a una ejecución; al estar allí, rodeado de tanta gente y sintiendo su ardor invadir mis venas a manera de un devaneo con la muerte, fui acometido de súbito por un impulso de completa morbosidad y, sin importar discernimiento alguno, me abrí paso entre la muchedumbre apiñada sólo para observar de cerca al exánime desdichado lamentarse sobre el cadalso. ¡Oh, divino creador! ¡Qué horrenda revelación me esperaba! Era la sangre de mi sangre quien ahora sería decapitado por una temible cuchilla de acero. Me quedé perplejo.

En seguida, sentimientos de desesperanza y pérdida acecharon mi conciencia, sin embargo, me opuse a mi derrotismo emocional y traté de llegar a él con la furia única de un padre al saber el desamparo de su crío, pero de todo ello no salió ninguna fuerza para mitigar la sentencia. Las huestes a palos impidieron mi camino. Me encontré postrado e impotente en el inmundo suelo, justo en el intervalo en que el verdugo activó la máquina mutiladora. A pesar de todo, mi hijo y yo intercambiamos una última mirada con la brevedad de un soplo hasta atestiguar cómo rodaba su cabeza hacia su destino. No hay consuelo posible ante semejante infortunio; aunque saber que la muerte rastrera careció de tiempo para apagar el fulgor fatal de sus ojos, ha sido la razón principal que me ha impulsado a reconstruir su mirada refulgente, plena en compasión.

Desde aquel amargo momento retenido en mi mente no volví a conciliar el sueño, por tanto, cada noche, en esos momentos de necesario descanso, veía un profundo destello proveniente de un par de ventanas que se movían a voluntad hasta transformarse en dos ojos de múltiples gamas; y de la puerta, transformada en boca, escuchaba la voz grave de mi hijo rogándome que reconstruyera su mirada. Entonces me reí del absurdo tormento, pero a raíz de esa petición recurrente, en lo absoluto me perdí inmolación alguna en la Place de Grève. Supe aprovechar esa asiduidad según mis intereses, pues en esos momentos de histeria y re-

torcimiento colectivo las personas se tornan más vulnerables y descuidadas. Una vez pactado con el jefe de guardia, recogía las testas ya separadas de su poseedor en un saco de cuero para llevarlas a casa. El flujo de cabezas no concluía y, aunque aparentaba fuente de eterna posibilidad, por más que de ellas recolecté, ningún par de ojos reflejó aquel brillo de unión filial. Escruté interminables ojos: zarcos, cafés, claros, oscuros, pero la totalidad de esas caras poseían una mirada de sombra. Armado de paciencia, me encerré tercamente en mi indagación, empero, cada intento se tornó inútil: cabezas, cabezas y más cabezas. Pese a ello, en ese instante empecinado, cerraba los párpados y lo evocaba, venciendo la distancia y el espacio, cosa que me hacía retomar con mayor ahínco mi búsqueda. Mil cabezas llegué a recolectar y aún las poseo conmigo, ocultas en el sótano –tan silentes–, apiladas unas sobre otras dentro de barreños, conservadas con miel de abeja. ¡Uno nunca sabe cuándo se podrían utilizar!

Una noche, sometido por el cansancio, dormía, cuando me acometió aquella alucinación referida, pero esta vez, la luz multicolor que emanaba de sus ojos era más clara, como filtrada por un cristal, y su voz, aunque incomprendible, se escuchó con suprema armonía que, en lugar de congoja, sentí una paz interna capaz de hacerme confesar ante el espectro de mi hijo: “Fracasé en reconstruir tu mirada, la ausencia de visión es total y mi fuerza ha cedido, nada puedo hacer contra el eco inflexible del paso de las estaciones. Ahora no me queda más remedio, sólo resignarme a reconocer que ya no podré saber ni penetrar en el sentido recóndito de tu ser y de tus pensamientos a través del centelleo de tus ojos”.

*Mirame*, Luis Arturo Noriega Collado.



# “EL HOMBRE CONTRA EL FUEGO” (*BLACK MIRROR*): UNA CRÍTICA AL RACISMO DEL BIOPODER

Los ensayistas

Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6° semestre

—*Hola. Estás despierto.*  
—*Está claro que soñando no estoy.*  
Charlie Brooker, *Black Mirror*

**B**lack Mirror, serie británica creada por Charlie Brooker (2016), nos desconcierta e impresiona capítulo a capítulo con una magnífica visión sobre un posible futuro próximo que —como ya se observa en la actualidad— es dominado por la tecnología, llevando su uso hasta las más inquietantes consecuencias. Muy al estilo de *The Twilight Zone*, la ciencia ficción parece acercarse mucho a la realidad.

¿Pero es *Black Mirror* únicamente una representación y crítica del uso exacerbado de las tecnologías? ¿No será su propósito mostrarnos algo más allá de eso? Sin duda alguna la biopolítica, es decir, el control sobre el cuerpo y las poblaciones, es un tema substancial en la serie que advertimos prácticamente en todos los episodios. En el presente ensayo efectuaremos un análisis del capítulo “El hombre contra el fuego”, tomando en cuenta la teoría de Michel Foucault en *Defender la sociedad* (2000) —de quien parte el concepto de biopoder— y del racismo como su máxima expresión. Para complementar y extender la visión que nos da Foucault, Roberto Espósito amplía estas nociones en *Comunidad, inmunidad y biopolítica* (2009). Y finalmente, examinaremos al *homo sacer* de Giorgio Agamben (1998), para hablar de los sujetos que pueden ser eliminados sin causar repercusiones políticas y jurídicas, así como ser excluidos y relegados de la sociedad.

Desde nuestro punto de vista, “El hombre contra el fuego” es una crítica al biopoder del racismo ejercido anteriormente por los nazis, al cual puede dársele una interpretación futurista que advierte un control de la información recibida por el individuo, conllevando a un cambio en la construcción de paradigmas para así justificar el exterminio de seres

humanos. Dentro de *Black Mirror* podemos ver desarrollado el concepto foucaultiano de biopoder, el cual “trata de un conjunto de procesos como la proporción de los nacimientos y las defunciones, la tasa de reproducción, la fecundidad de una población, etcétera” (Foucault 220); a grandes rasgos, poner la vida en el centro de las decisiones políticas. Asimismo, otro de los mecanismos que utiliza el biopoder es el racismo. En *Defender la sociedad*, Foucault (230) habla de éste en términos evolucionistas, como un ápice en la manifestación del biopoder: “el corte entre lo que debe vivir y lo que debe morir”.

La historia en “El hombre contra el fuego” comienza con un equipo de soldados, quienes tienen encomendada la tarea de exterminar a las “cucarachas”, entes que pasaron de seres humanos a “monstruos” por su sangre infectada que representa un peligro para la sociedad. Koinange (Malachi Kirby), mayormente nombrado como Stripe, en su primera misión dentro del ejército se dirige a la comunidad de Herfallsen, donde ubican a Heidakkar, un hombre de quien sospechan puede estar protegiéndolas, por lo que es sometido a un interrogatorio, en el cual la líder del escuadrón explica la supuesta peligrosidad de las cucarachas:

La mierda en su sangre las hace así [...] No detuvimos a las cucarachas por [...] años. Por cada cucaracha que salva hoy, condena Dios sabe a cuánta gente a la futura desesperación y pena. No puede seguir viéndolas como humanos. [...] Hay que eliminarlas para que la raza humana no se extinga. Esa es la cruda realidad, hacer sacrificios (Brooker).

De esta manera, se inscribe la noción de racismo en el episodio, necesario para justificar el exterminio de una raza dentro de un sistema biopolítico, tratándose de un peligro biológico que atenta con el progreso y seguridad de la sociedad como una raza “superior”. Es claro que, de acuerdo con la teoría foucaultiana, podemos observar una semejanza entre la ideología del nacionalsocialismo y la representada en el capítulo, de tal modo que ambas generalizan de manera absoluta el biopoder y, al mismo tiempo, el derecho soberano de matar (Foucault 234). Así como los nazis deshumanizaron a los judíos, es evidente la degradación que sufren los individuos al ser vistos como cucarachas. Roberto Esposito (2009) menciona que los ideólogos del Reich adoptaban un repertorio para calificar a los judíos como “‘bacilos’, ‘bacterias’, ‘virus’, ‘parásitos’ o ‘microbios’ [...] los judíos no *se asemejan* a los parásitos, no se comportan *como* bacterias, sino que lo *son*. Y como tales han de ser tratados” (151).

Durante el cateo en casa de Heidakkar, encuentran un grupo de cucarachas, de las cuales Stripe mata a dos y las demás logran escapar. Una de ellas portaba un artefacto iluminador que intentó usar en el soldado, mas no lo consigue porque es asesinada antes de accionar el aparato; sin embargo, tras la pelea, el soldado accidentalmente activa el dispositivo en sí mismo. A raíz de ese incidente, comienza a notar fallos en su máscara,<sup>1</sup> los cuales repercuten en sus sentidos; por ello, visita al médico, quien determina un buen estado de salud y ningún error en el artefacto; a su vez, lo redirecciona con el psicólogo Arquette (Michael Kelly) para determinar si la primera matanza afectó el estado mental de Stripe, anulando así su deseo de asesinar, lo cual no sucede en un primer momento; sin embargo, los fallos continúan.

En la siguiente misión, el protagonista se encuentra con un grupo de personas a quienes su compañera comienza a atacar, él no logra comprender por qué agrede a civiles, así que intenta defenderlos. El combate termina con la soldado noqueada y el protagonista herido, tratando de escapar junto con una mujer y un niño. Durante el camino, Stripe pierde la consciencia y es llevado a un escondite. Al despertar, mantiene una conversación con la mujer a quien salvó, a la que le menciona la función principal de las máscaras, la cual es transfigurar la visión de los soldados para ayudarlos a combatir con mayor eficacia al enemigo o, como ellos lo conocen, a las cucarachas. Además, ésta alude a un artefacto creado por uno de ellos para interferir con la visión alterada. Stripe le pregunta cuál es la percepción que tienen los civiles, a lo que ella responde:

Lo que ve usted ahora. Nos odian porque es lo que les enseñaron [...] Empezó hace diez años, después de la guerra. Primero fueron las pruebas, los análisis de ADN, luego el registro, las medidas de emergencia. Y de pronto todos nos llamaban criaturas [...] asquerosas. La televisión, las computadoras dicen que tenemos una enfermedad [...] Dicen que nuestra sangre no puede perpetuarse. Y no debemos existir (Brooker).

En el diálogo anterior se puede observar de manera concreta la metáfora de biologización que plantea Esposito, con la que se transforma a las personas en parásitos.

El Estado biopolítico percibido en la historia es, además, un Estado soberano. Giorgio Agamben define lo soberano como “la esfera en

---

1 Dispositivo electrónico neuronal que facilita la visualización de mapas y estrategias militares en el campo.



*Lirios*, Luis Arturo Noriega Collado.

que se puede matar sin cometer homicidio y sin celebrar un sacrificio” (109). Dentro del Estado soberano existe el *homo sacer* (hombre sagrado), “aquél a quien el pueblo ha juzgado por un delito; no es lícito sacrificarle, pero quien le mate, no será condenado por homicidio” (94). Esta figura se pone fuera de jurisdicción humana –incluyéndolo dentro de la comunidad en la posibilidad de que se le dé muerte violenta– sin que pase a la divina con el rasgo de insacriticabilidad; diferenciándose así de una figura consagrada que sí es sacrificable (107-108). Dentro de la sociedad expuesta a lo largo del capítulo, se puede considerar a las cucarachas como *homines sacri*, ya que éstos se encuentran fuera de la jurisdicción humana, debido a que no son considerados hombres y comúnmente se les da una muerte violenta, pero tienen el rasgo de insacriticable por su carácter monstruoso.

Después de la revelación que tiene Stripe, éste comienza a debatir sobre la moralidad de la situación; sin embargo, no logra hacer nada, debido a que, al aparecer, su compañera quiere asesinar a quienes cree sus enemigos, por lo que se lo llevan a la base para su confinamiento. En la escena siguiente se observa al soldado “traidor” en compañía del psicólogo, quien justifica el uso de las máscaras, diciendo que éstas fungen como artefactos necesarios para asegurar la eficiencia del cuerpo militar y el progreso social. De igual manera, Arquette argumenta, a partir de las enfermedades genéticas y la degeneración racial, una razón suficiente para darle sentido a la biologización de la política y a la existencia del *homo sacer*: “¿Tienes idea de toda la mierda que hay en su ADN? Tasas más altas de cáncer, distrofia muscular, EM, SSL, coeficiente intelectual menor, tendencias criminales, desviaciones sexuales. Está todo ahí [...] ¿Eso quieres para generaciones futuras?” (Brooker). En esta parte, es visible lo que Foucault (232) menciona como un discurso político con ropaje científico, pues utiliza un modelo de cura médica como fuente de legitimación biopolítica (186).

Tras lo anterior, Stripe exige su libertad individual, es decir, permitirle removerse la máscara y salir del ejército. No obstante, Arquette le hace notar la pérdida de ese derecho cuando aceptó los términos y condiciones del contrato que firmó al alistarse; por lo tanto, éste debe ceñirse a las dos opciones que le impone el sistema: reiniciar la máscara –borrando los recuerdos de los últimos días–, o revivir los recuerdos de matanza durante su servicio, estando en la cárcel. De este modo, se muestra el fundamento del poder soberano, el cual:

[...] debe buscarse en [...] la conservación, por parte del soberano, de su derecho natural de hacer cualquier cosa a cualquiera, que se presenta ahora como derecho de castigar [...] puesto que los súbditos [...] le han dado el poder de usar el suyo de la manera que él crea oportuna para la preservación de todos [...] A esta condición [...] corresponde en los súbditos la facultad no ya de desobedecer, sino de resistir a la violencia ejercitada sobre la propia persona (Agamben 138).

A partir de esto, podemos encontrar una segunda figura similar al *homo sacer*: el licántropo (también nombrado por Agamben como *banido*). Éste surge del antiguo derecho germánico que excluía al malhechor de la comunidad, a quien podían dar muerte sin considerarlo homicidio (138). Al definir este símbolo, es importante tomar en cuenta que

no es un simple fragmento de naturaleza animal sin ninguna relación con el derecho y la ciudad; sino que es un umbral de indiferencia y de paso entre el animal y el hombre, [...] la exclusión y la inclusión: [...] que habita paradójicamente en ambos mundos sin pertenecer a ninguno de ellos (137).

En este episodio, la figura del licántropo termina siendo encarnada por el protagonista, quien atendiendo a las imposiciones del Estado soberano, no sólo es expulsado de la comunidad, sino que también su carácter humano es degradado ante los ojos de ésta. Lo anterior es apreciable en la última escena del capítulo, cuando se muestra su regreso a la civilización como veterano, puesto que no puede reincorporarse al ejército como un hombre, pero tampoco puede ser eliminado como una cucaracha, siendo esto el símbolo de su transformación. Sin embargo, al no tener protección, posteriormente éste puede llegar a ser asesinado como el *homo sacer*. Es así como Stripe, cuyo apodo se traduce a “raya” o “franja”, representa la línea divisoria entre la población humana y la población “parasitaria”. De manera que no forma parte de ninguna, pero comparte rasgos de ambas y puede habitar establemente en la ciudad.

Con base en lo expuesto anteriormente, puede afirmarse que en “El hombre contra el fuego” hay una crítica al racismo del biopoder que nos remite a los acontecimientos del exterminio judío. Foucault sienta las bases para entender que la única manera en que se puede matar al enemigo dentro de un mecanismo de biopoder —en el que “hacer vivir” es imperante— es al incorporar el racismo y un modelo de cura médica, como

lo dice Esposito, para justificarlo a través del peligro biológico. Igualmente, en esta instancia soberana se encuentra la figura del *homo sacer* como efigie del peligro biológico, el cual es preciso eliminar. Los judíos en la Segunda Guerra Mundial y las cucarachas en el futuro distópico del capítulo son esos seres sacralizados a los que se les puede matar sin consecuencias políticas y jurídicas: *homines sacri*. Asimismo, podemos advertir la figura del licántropo, encarnada por Stripe al final del capítulo, quien al igual que el hombre sagrado, forma parte de dos mundos sin pertenecer a ninguno.

Finalmente, creemos conveniente admitir la necesidad de implementar teorías más actuales para un análisis más profundo, debido a que es importante abordar la manipulación y los procesos psicológicos a los que están sometidos los personajes por el Estado, pues esto va más allá de la noción de biopolítica y el control de los cuerpos, incluyendo el control de las mentes.

### *Fuentes de consulta*

- Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Trad. Antonio Gimeno Cuspinera. España: Pre-Textos, 1998. Impreso.
- “El hombre contra el fuego”. *Black Mirror*. Netflix, EUA, 21 octubre 2016, streaming.
- Esposito, Roberto. *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Trad. Alicia García Ruíz. España: Herder Editorial, 2009. Impreso.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad*. “Clase del 17 de marzo de 1976”. Trad. Horacio Pons. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2000. Impreso.



# La PRUDENCIA DE UNA PUTA

A. S. M.

*Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6° semestre*

**I**tantos años buscando la gloria! ¡Estoy harta! ¡Harta de tantas humillaciones, del tiempo perdido tocando puerta tras puerta en busca de algo que jamás voy a encontrar! ¿O... lo haré algún día? Lo dudo, mi único éxito ha sido llegar a su cama.

Que la asistente, que la secretaria... “¡Está re-chula!, ¿por qué no la pones de edecán para la propaganda de los condones?”, y todavía se burlan los muy pendejos... Tranquila. No pienses. Sólo haz lo que te pide y llegará la fama. Aunque fama ya tengo, pero de puta. ¡Qué más da! ¿Dinero? ¿Fama? ¿Qué es mejor? ¿No se supone que vienen juntas? ¡Qué importa!, seré famosa a como dé lugar... ¿pero a quién engaño? Lo más lejos que he llegado es a participar de extra en un comercial rancio. Ahora viene el idiota con que me va a dar una oportunidad, según eso en un programa de la televisora local. “Éste es sólo el comienzo, chiquita...” y me toca los pechos el muy desgraciado. Éste es sólo el comienzo, sí, pero el comienzo de otro periodo infernal; de ser suya y de sus achichincles. Todo porque me convence con el chantaje de que es amigo del tal Azcárraga y que me va a llevar muy lejos.

Ahora que lo pienso, si fama es lo que quiero, ¿por qué no me despacho a este cabrón?... Tranquila, tranquila. No pienses. Sólo haz lo que te pide.



*Tu posesión*, Luis Arturo Noriega Collado.

# Imagen

Mateos C. Petroicoco

*Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6° semestre*

¡Tengo la desesperante necesidad de dibujar! ¡Plasmar unos puntos, una línea, algunas curvas! Anhele pasar el grafito de mi lápiz por la inmaculada hoja, hacerle su primera mancha, la segunda, la tercera... todas las necesarias.

Deseo intensamente ver cambiar el color de tu lienzo, observar los diversos trazos, gruesos y delgados, que voy dejando a mi paso por todo el cuerpo; fijando siempre mi atención en los sombreados, aquellos que difumino para dar profundidad.

Deseo dominar los claros y los oscuros que te forman; los que ven mis ojos, los que perciben mis manos, los que escuchan mis oídos, los que capta mi mente. ¡Cómo quisiera plasmarlos todos! Aunque, por más que lo intente, sé que no lograría perpetuarlos, pues tu forma va más allá de sí misma. Pero siempre se puede acercar, siempre me puedo acercar.

¡Tengo la desesperante necesidad de pincelar tus redondas caderas, entintar tus pecas, colorear tus mejillas y perderme en tus imitados ojos! Y sólo en tus imitados ojos puedo, porque los verdaderos están con otro y yo aquí, ¡solo!, solo con mis bocetos de huecos ojos.



*Perspectivas, Mateos C. Petroicroco.*

# OSPIROCROMO<sup>1</sup>

A. S. M.

*Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6° semestre*

Hace mucho que no escribo.  
Una punzada repentina  
abre mis poros, mis dedos, mis ojos.  
Mi vientre dicta el camino que hay que seguir:  
escribir, escribir...

Y en las noches que de morir no sueño  
y que dormir no puedo  
la palabra me encuentra  
como cazador en vela,  
me domina y me hace suya.  
Me recuerda que el cuerpo no perdura  
pero sí la pluma...

---

1 Agitación súbita que invade al cuerpo en medio de la noche e induce con fuerza al acto de la escritura, dejando insomne al sujeto.



*Solas en multitud*, Ángeles Montañez Ramírez.

# PUZZLE

Judith Castañeda Suarí

Escritora y bibliotecaria en Profética, Casa de la Lectura, Puebla

## *I (Reposo)*

No. No, nadie entiende, no quiere comprender ninguno de los habitantes de aquella Mansión de las Sorderas. Llegan a mí sus memorandos, notas vestidas de nube, de esa Vía Láctea que incuba tsunamis y odio, y aguardan una respuesta adelantada por ellos mismos. Una afirmación esperan leer, una sola sílaba sinuosa para coronar su desde siempre absoluto poderío. Ansían que obedezca como uno más de sus sirvientes. No. Mis envíos son algo tan distinto: lo execrable en vez de lo áureo, estrella ausente la mansedumbre que obliga a inclinarse.

No podría ser otra la respuesta, pues idioma no conozco sino el de la negativa, el de permanecer en forma de ovillo dentro del regazo blanco de la nada. Y en mis páginas eternas y flotantes como palomas de papel, las palabras se repiten, copias de una primera y única cuya rebeldía implica negar en silencio, emulando al fantasma de los labios cosidos y la lengua rota y los pasos inexistentes.

No, no es posible. No quiero, no puedo, no. Váyanse, guarden silencio y déjenme a solas, en paz. Pero el idioma de allá no sabe de esto, sólo de enviar, enviar y enviar toneladas de papel con una propuesta reciclada, traducida, anotada, prologada, epilogada y siempre idéntica a sí misma.

## II (Monólogo)

Escurren células imperativas por toda la casa. Los muros, más que lagrimones, asemejan el encharcamiento que dejan las lluvias al abandonar una geografía inundada, harta ya de los diluvios que, de repetirse, la convertirán en el mar eterno de las fantasías de Poseidón. Cuando esto pasa, el aire termina por deshacerse en pinceladas de menta y llena cada habitación la fetidez de los áticos olvidados. Cuando esto sucede, también, es tiempo de bajar hasta donde el buzón de la correspondencia, seguro rebosa sobres como un estómago a punto del vómito.

No me equivoco, miro aquel contenedor: es un saco haziado de engullir y sin embargo, condenado a devorar cuanta sustancia le ponga enfrente la eternidad. Así de ahíto, el buzón suplica por verse vacío, una vez más idéntico a cuando los tiempos idos eran presente: libre de óxido, la salud intacta debajo del barniz transparente y de la pintura con el color del cielo diurno, recién soldado. Ruega. A fin de cuentas, se vuelve una plegaria cada documento en su interior, cada sobre, cada estampilla.

Causa piedad descubrir en tal estado el buzón. Aun bajo el peso de ese sentimiento permanezco inmóvil, cerca, lo suficiente como para tenerlo al alcance de lo que en otros organismos es el sentido de la vista. Mirar, saborear la ansiedad de un espacio repleto hasta los bordes, y sin embargo, mantenerme en quietud.

Pero eso no me impide bordar grafías, sílabas, palabras, enunciados, párrafos: una pronta respuesta al saludo, al adiós de tono empresarial con el que pretendo ponerme a sus órdenes mientras escribo atentamente, refiriéndome a su misiva del tantos, del tiempo presente, pasado, por venir: esfuerzo este para comunicar lo mismo de cada ocasión, una negativa donde no existe retorno.

Al final, pienso en estas pequeñas acciones, pero no como un ejemplo de inutilidad; si en esos pliegos enviados a vuelta de correo la roca del Tártaro sube a la cumbre para abismarse de nuevo, es porque tal proceso oculta una forma de subrayado, un gemelo del sinsentido de la correspondencia con la cual atiborran este buzón enfermo de óxido, de cartas sin respuesta satisfactoria.

### *III (Faz)*

Tienen los habitantes de aquella Mansión de las Sorderas una apariencia distinta a la mía: de fuego, de madera, de plástico y de etanol. Además, un fantasma los duplica al fondo de su actividad, grita altisonancias, que son el eco de esas apacibles frases con las cuales intentan enmascarar una orden. Lo sé, no porque los haya visto alguna vez, en los bordes de la pesadilla, sino gracias a su infinito afán de colmar y colmar nuestro Misero Abajo, tan poblado ya sin necesidad de sus esfuerzos.

Así, los imagino en contraste con el valle que desde siempre me rodea: aquí todo es pálido, pálido y quieto en su forma ermitaña, idéntico a un busto dormido en las profundidades del mármol: la frente serena, pues no existe escultor con la habilidad de liberarlo y mostrar su corona de laureles a la posteridad.

A juego con este valle liviano y con lo luminoso de los muros y de la ciudad, yo, el destinatario último de tan copiosa e imperativa correspondencia, soy el opuesto de sus remitentes. Trópico y tundra. Laguna y lodo. Peso y poquedad. De este modo, me adivino a causa de las palabras sopesadas y enviadas cuando rebosa el buzón: constituyo la partícula primigenia, el átomo que orbita en una casa ajena a la calendarización y a las mediciones. Usando los términos de los habitantes de la Mansión de las Sorderas, podría nombrarme traza áurea que diferencia a los seres pensantes de las bestias, fragmento de lo etéreo, ausente en los espíritus miserables, tan infectos de vulgares necesidades.

### *IV (Juego)*

No siempre contesto así, sin más. No siempre vacío el buzón y arrojo a ningún lado la correspondencia. A veces, durante las tardes de lluvia interminable o en la monotonía de un cielo sin nube alguna, saco las cartas y las extiendo en el piso. Las veo. Tinta negra, sepia, azul; fragmentos verdes y rojos en la misma página cuando el bolígrafo se queda seco de tanto enviar órdenes; párrafos chuecos y caligrafía deficiente, señales inequívocas de premura, de torpeza en los dedos. Luego, formo con dicha correspondencia un cuadrado enorme o un rectángulo, los bordes de cada hoja rozándose apenas entre sí. Y leo la primera línea, mi nombre —no importa si el color de la escritura cambia la apariencia,

el mensaje es y será siempre el mismo—, la palabra PRESENTE con mayúsculas, como en una carta comercial; en la segunda, un lamento con sabor a reproche, sentimos recibir esa respuesta por parte suya, sentimos recibir esa respuesta por parte suya; la cuarta es un nuevo exhorto, a por fin acceder, a la comprensión de lo beneficioso que sería para mí ese nuevo estado de existencia que se me ofrece; la séptima no el adiós, sino el ATENTAMENTE, el quedamos a la espera de su pronta misiva, de su inmediato cambio de opinión.

Hoy es uno de esos días. Harta la vista de la cerúlea inmensidad sin tacha, la dejo reposar en el contenido del buzón, dispuesto sobre las baldosas, en desorden. Observo los sobres: blancos, idénticos al cielo en su pureza. Voy abriéndolos, uno por uno, hasta tener junto a mí una breve montaña de papel, combustible que más tarde sumará fuego al fuego de la chimenea.

Pese a la tarde, pulso el interruptor que enciende el par de lámparas aferradas a muros contrarios —cuarenta y cinco grados de inclinación—, como para asomarse a ver qué está haciendo quien este espacio habita. Y debajo de esa X de sombras —que creo ser yo—, la correspondencia va formando un rompecabezas donde no existe aquel juego de probar si las piezas embonan de forma adecuada, si el paisaje, o el castillo, o el rostro, toma fragmento a fragmento la apariencia que le dio su diseñador.

Qué caso tiene, dirán, si no hay errores en esta práctica, pero, al mismo tiempo, cualquier combinación entre pliegos es incorrecta. Esa duda cabe también en mi propia voz, y aunque no creo necesario hacer coincidir la pareja pregunta-respuesta, muchas ocasiones me descubro pensando qué me mueve a sumergirme en tan insulso entretenimiento. Fastidio de lo perfecto, ya he dicho, o la longitud de una tarde, o la visión del bote de los desperdicios, la del contenedor de la correspondencia.

Sin embargo, hoy nada pienso. Extiendo los papeles en un rectángulo perfecto, o casi, de no ser por los espacios entre pliego y pliego, pequeños pero de importancia en el resultado último. Juego al juego completo.



*Saber*, Luis Arturo Noriega Collado.

## V (*Ultimátum*)

Hoy la correspondencia tiene el tono amarillo, casi verde, que guardan los desechos estomacales y las malas nuevas. Ese color, además de lo voluminoso del sobre, me obliga a ignorar la rutina de otras veces y a tomarlo, aunque permanezca más como un reptil solitario en la fosa del buzón. Retiro el adhesivo, me asomo apenas a la documentación ámbar y no blanca. Desdoble uno a uno los pliegos, leo a medias. Ninguno guarda el PRESENTE, el sentimos, el ATENTAMENTE. En cambio, rebosan sellos oficiales y membretes, firmas oscuras cuya autoridad es capaz de atravesar el papel de lado a lado. También hay copia de cada una de mis respuestas.

De pronto, algo comienza a horadar dentro de mí. Una iridiscencia que se torna metal, una astilla. Y un temblor escarlata me ataca. Llenan la estancia el sobre abierto y la documentación. Falta el aire. Extraño mi viejo ser, cundido de tranquilidad, la paz de los días planos. Intento releer, por si fuera una broma o una mentira. Es imposible. Cada letra parece un carroñero en baile, sin fin sobre el papel, un tremor como los que dividen la solidez del mundo a fuerza de hachas invisibles.

Retiro la vista, la hago salir por la ventana y alejarse: donde hasta hace unos instantes reinaran las líneas definidas y los tonos claros. En vez de sosiego, encuentro un caos de óleo y de trazos que, como reflejo del aquelarre en los documentos, se confunden hasta tejer un retazo del territorio nombrado noche, noche vacía, noche sin satélites ni estrellas, noche posterior a todos los derrumbes, a todas las defunciones y a todas las esperanzas.

Hoy mi entorno ha cambiado, ¿qué sigue?

## VI (*Laberinto*)

Los muros trazan circunferencias sobre un eje imposible de localizar. Desconozco el pasillo, las ventanas por donde goteaba la tarde; no encuentro la palabra que describa la forma de las ocasionales nubes y en cambio, descubro, y me pesa su vientre gris, las millones de tormentas de electricidad que antes no había visto. ¿Es esta atmósfera la consecuencia de haber rasgado aquel sobre, el casi verde, el que aún es reptil

solitario, ahora en mitad de la estancia? Quizá, no sé; sólo me gustaría tener tranquilidad otra vez, el buzón lleno y las viejas respuestas automáticas, aquellas que decían NO a una correspondencia desde siempre blanca.

No debí abrir el sobre, ahora lo pienso. No debí. No debí leer. ¿Qué era aquello que asaeteó mi curiosidad? No una carta, no disposiciones gubernamentales que me obligan a encarnar: un objeto más patíbulo que textos imperativos. Y para eso no basta un sencillo movimiento de cabeza como los de antes: mi respuesta, en adelante, habrá de perder su carácter mecánico.

## VII (*Ultimátum II*)

No iré. No voy a bajar. Nadie me confinará a la doble mazmorra, la del mundo y la del cuerpo. Así lo sentencie la más alta firma de tonos oscuros o su correspondiente escudo de armas inserto en el sello de las Órdenes que Nunca Deben Desobedecerse, no voy a rendir los hombros ni a deshacer los puños para volverlos mansos cachorros.

Primera: ¿conocen ustedes ese Mísero Abajo al cual han condenado a tantos, antes y después de su ultimátum? Yo sí. Lo he visto porque mi estancia en ocasiones funciona como mirador, como una ventana por donde es posible asomarse y observar la vida de aquellos seres, los presos de nuestro inframundo. Cualquiera puede hacer esto. O podría, si su curiosidad es la necesaria: basta con estar atento al flash de los artilugios fotográficos, a esos instantes que terminan siendo sólidos en un área rectangular, espacio de papel y de sales argentinas que observa a sus captores desde el otro lado de un cristal, suplicante, quizá, pues quiere esfumarse, acompañar a los demás instantes en su calidad de fantasmas y de olvido a medias, de partículas suspensas entre la imagen que se recuerda y el espejismo de lo que se cree o se desea recordar.

Segunda: no deberían tomarme tan a la ligera, señores, pues poseen profundidad en exceso los cimientos de mi decisión. Sin embargo, si el clima varía de una temporada a otra y mutan su forma esas moles de agua llamadas mareas, no veo por qué dos simples grafías sean incapaces de cambiar, de ocultar en sí una determinación diferente, acaso contraria. Así, no supongan infinita mi negativa los destinatarios de la presente: al interior de su núcleo podría guardar la crisálida de la aceptación.

Tercera: no obstante, por ahora debo insistir. Y mis razones van más allá de la frase que he leído y escuchado, el tan débil por común “si millones asisten, ¿por qué debería sumarme también a ese camino iniciático que supone el descenso a los infiernos corpóreos?”. Ahora las enlisto:

Odiaría ser ese testigo inmóvil que observa un auto inquisitorial como si de una epifanía de luz se tratara, silencioso a fuerza de costumbre, manteniéndome con las manos en la espalda frente a la madurez de un aparato reproductor que, con sólo eclosionar, es origen del incremento en las cifras del censo poblacional, reducidos trompas de Falopio, útero y ovarios a una vía de perpetuación, a víctimas de una hoguera donde las llamas se tejen con fluidos amnióticos, membranas y embriones que han de crecer y transformarse en fetos, en grilletes.

Por otro lado, conozco la acepción oculta de ciertas palabras. Pocas, pero importantes: sé del cúbito y del radio, de las falanges; sé del húmero, del fémur y la tibia. No son sólo fosfato y carbonato de calcio, tampoco son colágeno sin más. Por debajo de ese doce por ciento de peso corporal, tejido con sales y cadenas de moléculas orgánicas nitrogenadas, se asoma un significado distinto. Uno que también contiene elementos, sí, pero concatenados de otra forma, la adecuada para que sus enlaces den como resultado un metal; metal que, mezclado con otros, se convierte en parte de una aleación, cuya finalidad es potenciar durezas, disminuir lo maleable y dúctil en exceso.

Engrane. Tres sílabas para calificar eso que esconde el esqueleto de los habitantes de nuestro Abajo. Ruedas dentadas, transmisores de potencia en un conjunto de componentes. Su actividad se reduce a giros interminables, a insertar los dientes en el espacio entre los dientes de un segundo engrane que gira y se inserta en un tercero que también gira y se inserta...

A pesar de esto, los engranes carecen de importancia: si sus dientes se desgastan roce a roce, si les crecen grietas arborescentes en los bordes o en torno a su eje, no supone un problema para el Gran Industrial: detrás, engranes por millones que aguardan su turno de girar e insertar los dientes en un segundo engrane, el que de igual forma será sustituido cuando la acumulación de desperfectos consuma su vitalidad.

¿Es el proceso anterior la existencia corpórea, lo que en su correspondencia designan como Vida, con la inicial en mayúscula y el trazo rebosante de pigmentos? Insertar falanges, cúbito y radio en la fuerza

motriz de otras falanges, cúbitos y radios, así hasta la náusea, hasta consumir esa energía: la de sus propios miembros, entiéndase, ya que es eterna la del girar de los engranes... No lo creo, semejante escenario no significa Vida, hay mucha desolación en ello: lágrimas a diluirse en un mar de sal.

Sin embargo, no es la última frontera tal sinrazón. Hay una más que deberán traspasar los miserables a los que, según su misiva, es obligatorio que me una: las consecuencias de su vitalidad ya ausente.

Me parece en exceso cruel dicho umbral: languidecer a borbotones, enredado el cuerpo entre aparatos de monitoreo, agujas, mangueras delgadísimas y gotas incoloras que caen con una velocidad inversamente proporcional al deterioro del cúbito y del radio, de las falanges, del húmero, del fémur y la tibia: es ésta la recompensa por aquellos giros, por aquella transmisión de fuerzas que llenara cada engrane durante su vida útil. Deterioro, el cansancio del corazón y del sistema músculo-esquelético: es el desvanecimiento bajo las miradas piadosas de los otros, pero no sólo eso: temerosas; el espejo venido de su futuro extiende el velo sin que puedan ignorarlo, esa apariencia tendrán: las piernas dejan ir con cada paso una célula, los brazos desmayan, las manos, la pupila huérfana de midriasis y por tanto, vacío de luz el globo ocular.

Una pregunta les planteo para finalizar: ¿saben cuán punzante es el dolor cuando se atestigua ese desgajamiento? Quizá tampoco yo, aunque lo intuya al ver las fotografías del infernal Abajo. Pero a fin de defenderme, debo decir que mi eternidad está más próxima a ese mundo que la suya: un peldaño más cerca. Y aunque así no fuera, ¿una noche, durante la cortedad de un flashazo, se han asomado a mirar siquiera por un segundo el aparato óseo que mantiene en pie aquello que califican ustedes como “la bendición máxima”, el don que, ofrendado por el Ser Divino, obliga a quien lo recibe a transitar por su longitud con el rostro húmedo de lágrimas de agradecimiento? ¿No? ¿Nunca han sido testigos del autoengaño denominado *esperanza en el mañana*? Prueben ese elixir, y luego de hacerlo, intenten reanudar el envío de su tan imperativa correspondencia: me someteré a sus designios si son capaces de escribir una línea, una sola, con la tráquea obstruida por lo amargo de ese endeble espejismo, es decir, la esperanza, con la cual los vivos deben cegarse para no morir de tristeza.



*Micromundo*, Angeles Montañez Ramírez.

# La memoria DE UNA PIEL

Jimena Cuevas Paulino

*Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6° semestre*

40

A hí estaba yo, en un sepulcro de deseos, palabras mudas y confusiones, encerrada en una mente inocente, o casi —diría yo—. Casi, por el hecho de que me encontraba entre su pecho y la fortaleza de aquel viejo edificio, acorralada por un conflicto indescifrable, el deseo de quedarme a saborear el calor de sus besos bajando por



mi cuello, la impotencia al sentir sus dedos encajados bajo mi blusa, por la presión que su pelvis hacía en mis piernas, aquella escasez de suelo debajo de mí, la adrenalina jadeando con cada tirón de cabello, el sonido desgarrador de mis gritos silenciados en el momento en que su sonrisa mordía la corteza de mis labios.

Era una dis-puta por desear quedarme ahí, oyendo sus latidos y sus dulces susurros escaparse al instante en que respirábamos. Llegó un momento en el que dejé de pensar, solamente permití que todo ocurriera, quedándome en el lugar que mató la inocencia, la mía al menos, porque no puedo hablar por él, aunque quisiera.

Esos gritos siguen atorados en mi garganta como indicios de un orgasmo indescriptible que serán abandonados entre los besos fríamente cálidos, entre roces melifluos, en los ojos cegados por una inmensa oscuridad y en la ropa revolcada en el suelo húmedo; indicios que serán silenciados en la memoria de una piel.



# VISCERAL

Renj

— **E**stoy embarazada. Las palabras salen limpias, sin tartamudeos, tal vez fue por el producto de haberlas repetido constantemente o querer decir las ya. La velocidad del sonido es de 343.2 km/s, sólo si la temperatura está a 20° C con 50% de humedad en un nivel del mar, eso, por lo menos, dice el internet. Desconozco a qué nivel, humedad y temperatura nos encontramos. De la nuca me surge una gota que, lenta pero segura, recorre la piel que cubre mi columna vertebral hasta perderse en mi espalda baja.

Una vez pronunciadas, las ondas sonoras se propagan hasta llegar a su objetivo, pero su boca siempre fue demasiado grande y sus oídos de canales estrechos, así que, como siempre lo hace, se las tragó; sabían diferente a los reclamos, menos pesadas y pastosas, aunque en definitiva no eran dulces. ¡Las palabras fueron amargas en su boca! Una vez en el esófago, se da cuenta, demasiado tarde, de que su tamaño no es el óptimo para digerirlas de un solo bocado. Así el cuerpo, a veces demasiado estúpido para admitirlo, desaloja el verbo en presente de indicativo a la tráquea, provocando una asfixia.

Su cara se pone pálida y, en consecuencia, la mía también. Creo que se está ahogando y me levanto de golpe para intentar auxiliarlo, pero con su mano izquierda indica que me siente, mientras con la otra se tapa para toser aquello que no lo deja respirar. Un mesero le trae un vaso de agua, mas él ya ha recuperado su color. Mientras bebe, fijo la mirada en su dedo anular y no sé si es la luz cegadora del mediodía que se refleja por la ventana, pero éste dio un destello que me pareció como un guiño, augurando que todo va a estar bien.

El adjetivo ya se encuentra sometido a la corrosión de los jugos gástricos y, en conjunto con el bolo alimenticio, es transportado por las vísceras abdominales para ser absorbido. Ligeramente opaco, aunque sin perder su carga semántica, recorre cada parte del cuerpo y lanza pequeños impulsos eléctricos, pero él sólo siente un hormigueo. Cuando al fin pudo decodificar el mensaje de sus vísceras, responde:

—¿Y de quién es...? ¿De tu esposo o mío?



*Cinismo*, Luis Arturo Noriega Collado.

# La BIOPOLÍTICA DE FOUCAULT Y EL *HOMO SACER* DE AGAMBEN en “WHITE BEAR” DE *BLACK MIRROR*

A. T. y M. G.

Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6º semestre

La serie británica de ciencia ficción *Black Mirror*, creada por Charlie Brooker (2013), proyecta maneras distintas sobre cómo la tecnología es capaz de facilitar y dominar nuestras vidas, en donde nos enfrenta a diversas situaciones en las que, a causa de dichas innovaciones tecnológicas, no solamente el ser humano está en constante cuestionamiento ético y moral, sino que la vida y el cuerpo del hombre resultan ser afectados por la manipulación, la exclusión del individuo, o bien, por su total exterminio físico y psicológico; siendo la tecnología y el propio hombre las herramientas necesarias para su efectuación.

Tomando en cuenta que *Black Mirror* va más allá de ser una simple serie de televisión que muestra cómo la tecnología puede afectar nuestras vidas, ¿será posible que, dentro de este mundo ficticio no tan alejado del nuestro, puedan encontrarse mecanismos de regularización y disciplinamiento; mecanismos que funjan como herramientas para “hacer vivir y dejar morir” al individuo en cuestión?

A partir de la teoría que Michel Foucault desarrolla en *Defender la sociedad* (2000a) sobre la anatomopolítica y la biopolítica, la cual desencadena una serie de conceptos que explican las tecnologías disciplinarias y regularizadoras sobre el cuerpo; y en *Los anormales* (2000b), donde trata las ideas que conforman al sujeto anormal, se llega al pensamiento del teórico italiano Giorgio Agamben (1998), quien propone la figura del *homo sacer*. Con base en ello, es posible analizar a uno de los personajes más interesantes de la serie, Victoria Skillane (Lenora Crichlow), en el episodio “White Bear”. Una mujer que es presentada como un cons-

tante objeto de tortura y disciplinamiento, de tal forma que gracias a la construcción de su personaje, puede ser concebida como un auténtico prototipo del *homo sacer* de Agamben.

En *Defender la sociedad*, se plantea una distinción entre la anatomopolítica del cuerpo humano y la biopolítica de la especie humana. Foucault (2000a: 220) puntualiza que al ejercer poder sobre el cuerpo, se llega a un ejercicio no individualizador sino masificador, es decir, centrado en el hombre-especie, no en el hombre-cuerpo. Al marcar esta diferencia, segrega dos elementos indispensables para comprender ese paso de la anatomopolítica a la biopolítica: disciplina y regularización, los cuales permiten entender la idea clave de esta última: “hacer vivir y dejar morir”.

Por tanto, si se traslada esta teoría foucaultiana al capítulo “White Bear” de *Black Mirror*, puede decirse que la anatomopolítica, centrada en la disciplina, se muestra a través de la situación que Victoria Skillane es obligada a vivir, durante lo que, según señala el personaje de Baxter (Michael Smiley) —uno de los trabajadores del White Bear Justice Park—, han sido dieciocho días de continuo disciplinamiento hacia esta mujer, quien resulta ser cómplice de un homicidio.

Foucault (2000a: 223) indica que la tecnología del biopoder (una tecnología de control sobre la población) genera un poder regulador, uno que hace vivir y deja morir. Ahora bien, tomando en cuenta que en el ideario de la teoría foucaultiana dar muerte no sólo significa un asesinato directo, sino que también se alude a lo que el teórico plantea como asesinato indirecto, es decir, “multiplicar el riesgo de muerte de algunos, o, sencillamente, [causar] la muerte política, la expulsión, el rechazo, etcétera” (Foucault 2000a: 232); esto permite encasillar a Skillane como el ente que dejó morir y, por lo tanto, debe ser disciplinado a través del castigo, facultad que únicamente debería tener el estado. Aunque, considerando que para este autor la disciplina “trata de regir la multiplicidad de los hombres en la medida en que esa multiplicidad puede y debe resolverse en cuerpos individuales que hay que vigilar, adiestrar, utilizar y eventualmente, castigar” (2000a: 220), no hay duda que los miembros del White Bear Justice Park intentan disciplinar a esta mujer, que si bien no mató a Jemima con sus propias manos, el hecho de haber permitido el asesinato que Iain Rannoch cometió directamente, mientras se mofaba de ello, la coloca en un punto donde la institución de justicia se ve obligada a vigilarla, aislándola de alguna manera de la propia sociedad;

optando por un adiestramiento donde la someten a una intensa tortura física y mental, que se puede ejemplificar cuando Baxter dice: “–You’ve had a bad day, but this will wipe it clean. Get you in the mood to start again” (Brooker); dejándola morir desde que inicia su día hasta que éste termina, momento en el cual le permiten conocer quién es y por qué la disciplinan por medio del castigo recurrente.

A partir de la teoría de Foucault, este personaje sería considerado como un individuo a corregir, una figura dentro de la cual se plantea un problema de anomalía, puesto que no cabe dentro de aquellos que son parte de una normalidad; es decir, es un *anormal*. Es introducida como una persona aislada de los demás, primero, al aparecer sola dentro de una casa que no reconoce, después, en el momento en que decide salir, pues aun cuando hay otras personas en el exterior, nadie se acerca a ella ni le dirige la palabra, sufre una “especie de puesta a distancia, de ruptura de contacto, de marginación” (Foucault 2000b: 54); e incluso es descrita y tratada como un riesgo para otras personas, debido a que en dicha sociedad se tiene la necesidad de excluir a este tipo de sujetos de quienes no violan las normas establecidas. En este caso, Jem (Tuppence Middleton) explica cómo hay que comportarse cuando Victoria está cerca, a través de una serie de reglas: “–Ok, rule number two, keep your distance. I can’t stress the importance of this one enough, ok? Don’t forget, she’s a dangerous individual [...] So it’s best to keep your distance at least three metres back” (Brooker).

Por tanto, ¿será acaso Skillane un medio para la regularización de la sociedad? De acuerdo con Foucault (2000a), la regularización está “destinada a la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto su resumen en cuerpos sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida” (220). En el caso de “White Bear”, existe una normalización indirecta, pues gracias a ese parque de justicia, donde se muestran las consecuencias que implica violar las normas jurídicas de ese conglomerado social, el pueblo está siendo regularizado indirectamente a través de la observación del castigo ajeno, es decir, a través de la tortura física y mental que día con día sufre Skillane, sin importar que dicho parque tenga como finalidad explícita la diversión de sus visitantes, pues aparentemente cada miembro del público se dedica a grabar a la mujer por mero entretenimiento; tal como se muestra en el diálogo intercalado entre Baxter y Jem hacia los espectadores:



*La descarada*, Luis Arturo Noriega Collado.

- Now, yours come with some basic rules... Rule number one, no talking, not just to her, but each other as well, unless it's essential... We're trying to get her to believe that you are all mesmerized [...].
- Ok, rule number two, keep your distance... I can't stress the importance of this one enough, ok? Don't forget, she's a dangerous individual... Imagine that she's an escaped lion... We're all equipped with Tasers, but then we're into story shutdown and we've all wasted a day... So it's best to keep your distance at least three metres back...
- Last, but not least, enjoy yourself... That's probably the most important rule of all, ok? Take photographs, run around through the woods, but try and stay safe. We'll be keeping an eye on you, making sure you're all ok (Brooker).

Foucault (2000a: 226) distingue dos tecnologías de poder: “una tecnología de adiestramiento [...] distinta de una tecnología de seguridad, una tecnología disciplinaria que se distingue de una tecnología aseguradora o regularizadora; una tecnología que sin duda es, en ambos casos, tecnología del cuerpo”. Ambas tecnologías funcionan a través de la norma, la cual “puede aplicarse tanto a un cuerpo al que se quiere disciplinar como a una población a la que se pretende regularizar” (2000a: 229). Asimismo, señala que dentro de una sociedad que se considera sociedad de normalización, se cruzan ambas normas: la de disciplina y la de regularización (229).

Llevando estas ideas foucaultianas a “White Bear” y tomando en cuenta que la tecnología disciplinaria “está centrada en el cuerpo, [y que] produce efectos individualizadores, [además de que] manipula el cuerpo como foco de fuerzas que hay que hacer útiles y dóciles a la vez” (2000a: 225); se puede decir que los mecanismos disciplinarios y de regularización que emplean dichas tecnologías de poder, aplicadas sobre el sujeto que está siendo disciplinado en este capítulo, son los distintos modos de tortura física: tortura impartida por los observadores, quienes se limitan a castigarla con las mismas acciones que ella le hizo a Jemima: filmar y reír; tortura por parte de los encargados de su disciplinamiento, los miembros del White Bear Justice Park, quienes, a través del arrebatamiento brusco de sus recuerdos, castigan su cuerpo y mente con electrochoques; al igual que de la manipulación mental, llevada a cabo por la realidad simulada que le hacen vivir y, posteriormente, gracias a la revelación de la verdad: un castigo recurrente por haber sido cómplice de un homicidio.

En cuanto a la tecnología regularizadora, Foucault establece que ésta no se enfoca en el cuerpo sino en la vida por medio de sus mecanismos regularizadores de poder, intenta controlar los acontecimientos riesgosos que puedan desencadenarse en una masa viviente; ésta es una tecnología que “aspira, no por medio del adiestramiento individual sino del equilibrio global, a algo así como una homeostasis: la seguridad del conjunto con respecto a sus peligros internos” (2000a: 225-226). En “White Bear”, estos mecanismos de regularización indirecta comienzan con el disciplinamiento de Victoria, pues una vez consciente de sus acciones, ésta recurre al arrepentimiento, aparentemente ya está disciplinada; sin embargo, el centro de justicia no le permite ser un ente disciplinado, pues sólo buscan castigarla con la probable intención de regularizar a las masas, ya que la mujer sigue siendo la misma día con día, pero el público se va rotando voluntariamente, la gente disfruta asistir y limitarse a observar la tortura aplicada a quien alguna vez fue el quebrantador de sus leyes.

Según Foucault:

lo que define al individuo a corregir [...] es que es incorregible [...] [por lo que] exige en torno de sí cierta cantidad de intervenciones específicas, de sobreintervenciones con respecto a las técnicas conocidas y familiares de domesticación y corrección, es decir, de una nueva tecnología de recuperación, de sobrecorrección (2000b: 64).

Estas sobreintervenciones se llevarían a cabo dentro de instituciones, que al mismo tiempo que siguen con el acto de apartar de la sociedad normal, también establecen un sitio para mantener en vigilancia y disciplinamiento constante a la persona problemática. En este caso, Victoria Skillane representa al individuo incorregible, y el White Bear Justice Park, donde se aplican las tecnologías de poder ya mencionadas, es el organismo que funciona como aparato de corrección.

Giorgio Agamben explica la existencia de dos conceptos griegos que tratan sobre formas distintas de comprender la vida de un ser: por un lado, se encuentra “*zoé*, que expresaba el simple hecho de vivir, común a todos los seres vivos (animales, hombres o dioses) [...] [y por el otro,] *bíos*, que indicaba la forma o manera de vivir propia de un individuo o un grupo” (9), también entendida como una vida pública o política dentro de una sociedad. El individuo que es reducido únicamente al estado de *zoé*, pierde sus intervenciones en la sociedad,

se desvaloriza tanto que no importa más si es despojado de su vida o no. Agamben llama *homo sacer* a este tipo de individuo excluido de lo político y social, tal como sucede con el *anormal* de Foucault, estos dos conceptos sólo se diferencian entre sí porque el último se define como “un ser intermedio entre el hombre y el animal, una vida a la que se puede dar muerte sin cometer homicidio” (Foucault, 2000b: 209), siempre y cuando haya realizado alguna falta que la sociedad o las leyes interpreten como grave.

A la protagonista, en las escenas que incluyen mayor acción, la muestran siendo víctima de una especie de cacería, puesto que huye de uno o varios individuos que incluso denominan *hunters*, éstos la persiguen mientras sostienen amenazantes escopetas u otro tipo de armas. La comparación de esta mujer con un animal, explícita al final del episodio, cuando Jem menciona a los espectadores que tengan cuidado con ella: “—Imagine that she’s an escaped lion” (Brooker), es exactamente lo que Agamben define como *homo sacer*; pues hay una presencia de deshumanización del personaje por parte de la sociedad que la rodea, al igual que su vida es degradada al punto en que no importa lo que hagan con ella, teniendo como justificación que es una persona peligrosa y sin valor por haber sido cómplice del secuestro, tortura y asesinato de una niña. Los demás sujetos, quienes sí están bajo una vida pública y social, son los que establecen los “dispositivos políticos que [hacen] posible llegar a privar tan completamente de sus derechos y prerrogativas a unos seres humanos, hasta el punto de que el realizar cualquier tipo de acción contra ellos no se considerara ya como un delito” (Agamben 218).

En este caso, es la sociedad quien hace de Victoria un *homo sacer*, desde la vida que le hacen creer verdadera, intentando cazarla como si fuera un animal, hasta en su vida auténtica, cuando la torturan día con día, tanto física, como mentalmente. No importa que ella se considere a sí misma como un humano que no merece estar bajo esas condiciones, pues dice: “—Help me, please! I’m a human being” (Brooker), su degradación a *zocé*, y por lo tanto a *homo sacer*, ya fue marcada por los mecanismos de poder.

Las tecnologías surgidas tanto por la biopolítica como por la anatomopolítica que se aplican a un cuerpo y a una población, respectivamente, son utilizadas para tener un control sobre aquello que se considera como peligroso y dañino a la normalidad de una sociedad. El *anormal* tiene que ser excluido y disciplinado, con ayuda de

distintos mecanismos, dentro de una institución que tiene como fin corregir lo que no tiene cabida fuera de estos sitios, con las personas que sí forman parte de lo social por seguir con lo establecido. En el momento en el que a este anormal se le degrada hasta la deshumanización, su estado cambia y se convierte en lo que Agamben (1998) llama *homo sacer*, un individuo restringido de sus valores vitales. Por lo que, indudablemente, la protagonista de “White Bear” presenta todo el proceso y características biopolíticas: es excluida, disciplinada y desvalorizada, siendo una clara ejemplificación de la naturaleza de un *homo sacer*, quien también funge como herramienta para regularizar indirectamente a las masas, las cuales se representan a través de los visitantes que buscan entretenimiento.

### *Fuentes de consulta*

Agamben, Giorgio. *Homo Sacer*. El poder soberano y la nuda vida. Valencia: Pre-Texos, 1998. Impreso.

“White Bear”. *Black Mirror*. Netflix, EUA, 18 febrero 2013, streaming.

Foucault, Michel. *Defender la Sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2000. Impreso.

Foucault, Michel. *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000. Impreso.



*Recordamos*, Luis Arturo Noriega Collado.



# PORQUE TENÍA QUE ESCRIBIR DE ALGO MÁS

Alejandra Pérez Cruz

*Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6º semestre*

54

Hoy compré un libro nuevo,  
lo llevé a casa aun cuando él tenía bastantes nervios  
y sabía que no era el primero de mi colección.

Antes de ponerlo en el librero, lo saqué de la bolsa,  
le arranqué el plástico en un brusco movimiento  
y tembló en mis manos, tímido, indefenso.

Le susurré que estuviera tranquilo, tendría cuidado,  
y de ser preciso, iría a la biografía del autor  
o me leería completo el prólogo.

Por sus gruesas pastas deslicé mis dedos,  
quedó en mi palma su lomo,  
me fui a la cama para disfrutarlo mejor.

Tras suaves caricias y leer la contraportada,  
lo abrí lento y lo devoré con la mirada,  
pasando por mis yemas sus hojas, una a una,  
a veces tenía que llevarlas a la boca para mojarlas.

Ante ese olor velado de orquídea  
ya no resistí más y metí mi lengua entre sus páginas;  
la tinta se oscurecía en mis papilas gustativas.

Entonces, las oraciones me bajaron por la garganta:  
se me alojaron frases tibias en los pechos  
y como el corazón que dentro habita, endurecieron;



se aventuraron bajando palabras saladas  
y volvieron orugas a las mariposas, pues los gusanos  
ya se habían comido lo que antes se pudrió.

El ombligo se convirtió en fuente de vino, no acepta bocados  
si no son literarios o de alcohol; pues una cuartilla más abajo,  
el calor de la pluma hizo escribir poemas sin versos.

Llego al clímax en el primer renglón,  
se llenan las páginas de corrector y se hace imposible  
cerrar el libro, la boca, la imaginación.

# Es LO mismo TODOS LOS DÍAS

Javier Eduardo Preciado de Santos

*Lic. en Comunicación e Información, UAA, 8° semestre*

**E**l sudor se convierte en vapor. Las voces se mezclan. La música penetra en cada cuerpo. La luz ilumina los pobres rostros impacientes. Las llantas debajo se agrietan con cada vuelta. Es una fosa común rodante. Quieren salir de aquí. Piernas extrañas se saludan. Dedos inquietos se posan sobre otros. Pelean por espacio. El suelo danza. Los pies responden con un ritmo al mismo compás. Hombros rozan entrepiernas intranquilas. Quieren salir de aquí. Las sombras se esconden bajo los asientos. El metal se pega en la piel. La tela se rasga con las uñas. Las voces cantan sin ton ni son. El silencio aplasta la música. La música aplasta los cuerpos. Los cuerpos aplastan el tiempo. El tiempo aplasta el silencio. No quieren salir de aquí. El cabello nada dentro de la camisa ajena. Las venas saltan. La pintura se desnuda. El plástico se derrite. Las cuencas de los ojos se rellenan de jugo. Una mano se funde en la mezclilla. La mezclilla se funde en la bolsa. La bolsa en el cachete. Las cejas se queman en el fuego. La espalda se une con otra. Dos rostros forman tres ojos. Los músculos se vuelven líquido. Los huesos burbujan. Los párpados flotan. Los granos explotan. El pus se hace duro. Los zapatos se pegan a la plancha del suelo. El pie se desborda. El piso resbala. Orejas caen sobre los pechos. Las bocas se convierten en pezones. El maquillaje ya no se adhiere a nada. El dedo gordo se clava en el hígado. Las uñas bucean entre vértebras. Muñones lloran saliva. Alguien sube. Cae desprevenido en el mar de sexos. Los tendones se vencen. Todos se recuestan.

Las neuronas son gelatina. Los recuerdos se complican. Vacaciones en la cocina. Perros debajo de la cama. Playa en París. Hijos sin madre. Auroras boreales en el baño. Escuela de sillas. Risas de parejas. Dulces amargos. Días de noche. Esculturas sin esculpir. Amigos de desconocidos. Recuerdos de cuarenta y cinco extraños. No quieren salir de aquí. Cuerdas vocales que olvidan su función. Olas de grasa en las ventanas. Tobillos en la nariz. Sol de cabello. Cierres para columna. Agujetas en la muñeca. Piel cuajada. Sangre embotellada. Tripas rellenas de tela gris. El estómago se cose. Las orejas se arrugan. El metal se viste de frío. El ojo comete un error. Caras con lunares ajenos. Un dragón en el abdomen equivocado. Mocos donde sólo había jugos gástricos. Calvas espontáneas. Huesos hierven. Músculos se quiebran. Cerebros sobre el asiento. Lenguas bajo paladares sin color. Verrugas sobre todos los dedos. Ligamentos friccionan. Un feto dentro del colon. Los pies dentro de los zapatos. Canas en el pubis. Dientes en las falanges. Uñas en las encías. Cuerdas de guitarra en la boca. Se desprende una mano de la otra. El esófago se enfría. Las arrugas se retraen. La blusa toma su forma original. El cabello se hace sólido. Se clava en cabezas vírgenes. Se tensan los cráneos. Cerebros recompuestos se sueldan. Combinaciones de humano inerte. Costras de otro ser. Visiones de otra persona. Quieren salir de aquí. Cuerpos inconscientes. Mentes con un pasado recién creado. Quieren salir de aquí. El camión se detiene. La música continúa. Salen de aquí.

